



VII

La cacería

EL jefe de la partida, llamado Turka, marchaba delante montando un gran caballo gris-azul, de anchas narices; llevaba un casquete de pieles, un enorme cuerno de caza colgado al hombro y un cuchillo en la cintura. Por su aspecto sombrío y fosco, más que á una cacería, diríase que aquel hombre marchaba á algún mortal combate. Junto á las patas traseras de su caballo corrían y saltaban, en abigarrado pelotón, todos los perros de la jauría. Daba pena ver la suerte que aguardaba al que se quedaba atrás: no le quedaba más remedio que hacer los mayores esfuerzos para ver de atrapar á sus compañeros, y entonces nunca faltaba uno de los cazadores que iban detrás para pegarle algún latigazo, gritando: «Anda, no separarse!» Una vez hubimos ya salido del parque, papá ordenó á los cazadores y á nosotros que siguiéramos la carretera, y él se lanzó campos á traviesa.

La recolección estaba en su apogeo. Los campos inmensos, brillando bajo el sol, dorados, tenían por una parte su límite en el lejano bosque que se presentaba ante nuestros atónitos ojos como una ancha faja azulada y tras el cual, considerando las cosas con nuestra inteligencia infantil, ó bien se acababa el mundo ó bien extendíanse los países inhabitados. Los campos todos aparecían llenos de animación por el trabajo del hombre. Por entre la espesura del altísimo centeno veíase aquí y allá la encorvada espalda de

alguna segadora y se distinguía perfectamente el balanceo de las espigas en el momento en que las doblaba para cortarlas; en la sombra, veíase á una mujer medio encorvada sobre una pequeña cuna, extendiéndose en lontananza la inacabable llanura, materialmente sembrada de campanillas azules. Al otro lado, algunos campesinos, en mangas de camisa, iban apilando sobre los carros la cosecha, levantando grandes nubes de polvo en el campo seco y caliente por el sol de todo el día. El *starosta* (1) calzado con altas botas, el caftán echado sobre los hombros, y con la entalladura (2) en la mano, al ver de lejos á papá se quitó su sombrero de fieltro, se pasó un gran pañuelo por la cabeza y por la barba y se fué gritando tras las mujeres. El caballo que nuestro padre montaba, iba trotando ligera y alegremente, bajaba muy pocas veces la cabeza sobre el pecho, pero llevaba siempre tirantes las riendas y espantaba con los bruscos movimientos de su larga cola

las moscas que ávidamente se posaban sobre él. Dos lebreles, la cola bien al aire y levantando del suelo mucho las patas, saltaban graciosamente por entre los trigales, siguiendo al caballo. Milka corría siempre delante, y de vez en cuando volvía la cabeza como aguardando que le dijese ó le echasen algo. El rumor de las conversaciones de los campesinos, el patear de los caballos y el chirriar de las carretas, el alegre canto de las avejillas, el murmullo de los mil insectos volando por el aire en grupos compactos y al parecer inmóviles, el fuerte olor de la paja y del sudor de los caballos, los innumerables colores diversos y las sombras con que el sol pintaba el anchuroso panorama, que aparecía como dorado en los primeros términos y azulado en las lejanías... Todo esto lo veía yo, lo escuchaba y lo sentía.

Al llegar á los bosques de Kalinov, encontramos ya allí el break, y además una carreta tirada por un caballo en la cual iba

(1) El *starosta* es el *antiguo*, el que administra los negocios de los campesinos, elegido por ellos.

(2) Es un pedazo de madera en que se hacen señales para indicar las jornadas que llevan hechas los trabajadores.



34872

el despensero. Colocado cuidadosamente encima del heno que llenaba la carreta veíase el samovar, la sorbetera y algunas cajas y paquetes de aspecto por demás atractivo. No podíamos engañarnos; se trataba de tomar el té en pleno campo, con dulces y frutas. Al ver la carreta demostramos todos una ruidosa alegría, porque tomar el té en el bosque, sobre la yerba, en sitio donde jamás lo hubiese nadie tomado, nos parecía cosa de extraordinario gusto.

Turka se acercó á papá, escuchando con visible atención las órdenes que le daba muy detalladas sobre el sitio en que convenría disponerlo todo, aunque no las había de obedecer, pues obraba siempre según su gusto; luego desató los perros, montó á caballo y silbando desapareció tras los árboles. Suelos ya los lebreles, expresaron primero su alegría agitando rápidamente la cola, y después de haberse estirado y sacudido bien, empezaron á correr en todas direcciones, rastreando con aires de gran inteligencia.

—Tienes un pañuelo?—me preguntó papá.

Saqué mi pañuelo del bolsillo y se lo enseñé.

—Muy bien; pues, con este pañuelo atas el perro gris...

—Giráneo?—pregunté dándomelas de enterado.

—El mismo; y te vas con él por la carretera. Cuando llegues á las lindes del bosque te paras, y pon mucho cuidado en no volver sin una liebre al menos!

Até mi pañuelo al collar de Giráneo y eché á correr tanto como pude hacia el lugar designado. Papá reíase y me iba gritando:

—Más aprisa, más aprisa, sino vas á llegar tarde!

Giráneo se detenía á cada paso, y movía las orejas, como acechando los gritos de los cazadores. Viendo que no tenía yo fuerzas para arrancarle de aquel lugar, empecé á dar gritos de: tai-oh! tai-oh!... Entonces emprendió el perro una tan violenta carrera que apenas pude seguirle y aún cayéndome por el suelo dos ó tres veces, antes de llegar al puesto que se me había señalado. Eligiendo entonces, junto al tronco de un gran roble un sitio llano y sombreado, tendime sobre la yerba, hice sentar á Giráneo á mi lado y esperé. Mi imaginación, empero, como sucede siempre en casos parecidos, se fué mucho más allá de la realidad; imaginaba haber cazado ya mi tercera liebre, cuando el bosque, no muy lejos de mí, se animó extraordinariamente, lanzando los lebreles gritos agudos y cada vez más frecuentes. A los ladridos del primer perro, sucedieron pronto los de otros, y luego los de otros más. El ladrar de las bestias, se hizo poco á poco más fuerte é ininterrumpido y confundiéndose con él las voces de los hombres llegaron á consti-

tuir un rumor inmenso, ensordecedor, como si de veras el propio bosque se hubiese animado.

Al oír todo aquel tremendo ruido, me quedé quieto en mi puesto. Fijos los ojos en las lindes del bosque, sonreía beatíficamente, mientras gruesas gotas de sudor iban resbalándose de la frente, me cosquilleaban la barbilla un momento, y yo dejaba que libremente corriesen... Parecióme que no podía haber en el mundo un instante más solemne y más trascendental que aquel en que me hallaba. Semejante situación, en una tensión tan fuerte, no podía durar mucho tiempo, y por mi desgracia no duró. Tan pronto los lebreles ladraban ferozmente cerca de mí, tan pronto se alejaban no poco... mas la liebre no parecía. Empecé á mirar, sin saber por qué, hacia uno y otro lado, casi distraído. El mismo cambio operóse en mi perro; al principio ladraba y se agitaba de un lado á otro; después se tendió cerca de mí, puso el hocico sobre mis rodillas y se quedó tranquilo.

Cerca de las raíces desnudas del gran roble junto al cual me había sentado, sobre la tierra gris y seca, por entre las hojas muertas y los pequeños pedazos de corteza cubiertos de líquenes y las yerbecillas finas, verdes, que apenas si llegaban á alzar dos dedos del suelo, circulaba en todos sentidos una multitud inmensa de hormigas, unas muy cargadas, sin carga las otras, pues la habían dejado ya y volvían por más. Iban las unas siguiendo á las otras, apresurándose todas por los caminos que ellas mismas se habían trazado; tomé algunas pequeñas ramitas y les cerré el camino. Era de ver entonces cómo unas, despreciando el peligro, se metían por debajo de las ramitas y pasaban ó bien trepaban valientemente por arriba, mientras otras, las que llevaban carga se veían como perdidas, avanzando y retrocediendo algunos pasos, sin saber qué hacer ni por dónde ir; unas veces se detenían, tal vez buscando una salida para huir, ó bien subiendo por la ramita seca empezaban á correr por mi propia mano, con la intención, parecióme á mí, de meterse luego por la manga de mi vestido. Me distrajo de tan interesantes observaciones una mariposa de pequeñas alas amarillas, que empezó á dar graciosísimas vueltas por delante de mis ojos. Apenas notó



que yo la miraba, pegó un vuelo hasta dos pasos lejos de mí, giró varias veces entorno de una flor de trébol silvestre, blanca, ya casi muerta, y se posó finalmente en ella. No sé si porque allí el sol calentaba de lleno sus tenues alas ó porque se entretuvo aspirando el jugo de la tierna florecilla, lo cierto es que se quedó en ella, pareciendo hallarse bien. De vez en cuando agitaba sus pequeñas alas, se acomodaba en la corola de la flor y luego volvía á su inmovilidad. Apoyé la cabeza en la palma de la mano y me quedé contemplándola con intenso é inexpresable placer.

Súbitamente lanzó Giráneo un sordo ahullido, y se levantó de un modo tan brusco que por poco me tumba á mí. Más allá de las lindes del bosque, con una oreja gacha y la otra tiesa como un palo, saltó una gran liebre. La sangre me subió á la cabeza, y repentinamente, olvidándome de todo, con voz extraordinaria, que no me pareció la mía, grité no sé qué cosa, abandoné el perro y me puse á correr. Mas, apenas había comenzado á hacer esto que ya me arrepentí: la liebre se sentó sobre sus patas traseras, dió un gran salto y ya no la ví más.

Pero, cual no fué mi vergüenza cuando, tras los lebreles que salieron corriendo del bosque, se me apareció la figura de Turka!

Vió la falta que había cometido, la de no haber podido *retenerme*, y mirándome despreciativamente, me dijo tan sólo: «Qué es eso, señor!» pero había que oír la entonación con que lo dijo... En aquel momento, sintírame mejor si me coge y me ata á la silla de su caballo, lo mismo que una liebre. Largo rato estuve sin moverme del sitio, lleno de desesperación, sin acordarme tan sólo de llamar al perro... No hacía mas que golpearme los muslos, murmurando:

—Pero, Dios mío, qué he hecho!... Tonto de mí!

Oí á los lebreles corriendo ya por lo más espeso del bosque, luego oí un tiro de fusil y el cuerno enorme de Turka llamando á los perros... Pero yo no acertaba á moverme de aquel sitio; mis pies se habían clavado en el suelo...



VIII

Los juegos

LA cacería ha terminado. A la sombra de los tiernos olmos, sobre un tapiz extendido en el suelo, toda la compañía se sentó formando círculo; Gavril, el cocinero, sentado sobre la yerba, limpiaba los platos é iba sacando de las cajas y de los paquetes ciruelas y melocotones envueltos en papel finísimo. Por entre el ramaje de los olmos veíase brillar el sol, que proyectaba extraños movimientos y dibujos sobre el tapiz en que nos sentábamos y aún sobre la cabeza sudorosa de Gavril. El ligero viento que acariciaba las hojas de los árboles y también mis cabellos y mi rostro lleno de sudor fué serenándose poco á poco.

Cuando hubimos comido ya nuestro helado y nuestra parte de fruta, poco teníamos que hacer sobre el tapiz, y á pesar de que el sol quemaba todavía, bien que sus rayos se iban haciendo ya oblicuos, nos levantamos para ir á jugar.

—Bueno, y en qué jugaremos?—dijo Lubotchka, medio cerran-



do los ojos que hirieron de pronto los rayos del sol y saltando por la yerba.—Juguemos á Robinson.

—No... es un juego fastidioso—dijo Volodia que se había tendido perezosamente sobre la yerba mascando unas hojas que cogió al pasar;—siempre Robinson! Si queréis de todos modos jugar, construyamos entre todos una barraca.

Volodia quería hacerse, sin duda, el importante; sentíase evidentemente orgulloso de haber venido al campo montando un «caballo de caza», y quería hacernos ver que se había fatigado mucho. Quizás también tenía ya demasiado buen sentido y le iba faltando imaginación para gozar de veras con el juego de Robinson, el cual juego consistía en representar las escenas culminantes del *Robinson suizo* que todos habíamos leído.

—Vaya, hombre... Por qué no quieres darnos este gusto?—le decían las niñas;—tú harás de *Carlos*, ó de *Ernesto*, ó de *padre*... lo que tú quieras,—añadía Katenka, cogiéndole por la manga del vestido para levantarle.

—No, de veras os digo que no tengo ganas... Es juego enfadoso!—dijo Volodia, adoptando aun más cómoda postura, al mismo tiempo que sonreía con aire satisfecho.

—Entonces, era mejor quedarnos en casa, puesto que nadie quiere jugar!—exclamó Lubotchka, con las lágrimas en los ojos, pues era una llorona terrible.

—Anda, no llores; hágase como queráis; pero no llores, te lo ruego, pues eso me pone nervioso.

La condescendencia de Volodia nos hizo poquísima gracia; al contrario, con su actitud displicente, como de enfadado, quitaba toda clase de encantos al juego. Cuando nos hubimos sentado en tierra y empezábamos á remar con todas nuestras fuerzas, figurando que íbamos á la pesca, Volodia se echó al suelo y cruzó los brazos en actitud que en nada recordaba la del pescador, ni con la mejor buena voluntad del mundo. Se lo hice notar así, pero me contestó que el agitar más ó menos los brazos no nos haría perder nada ni ganar tampoco, y que no avanzaríamos ni perderíamos por ello camino. A pesar mio, hube de comprender que tenía razón. Cuando, figurando que iba á cazar con un bastón al hombro, metíme bosque adentro, Volodia se tumbó de boca arriba, cruzó las manos por debajo la cabeza y dijo que él iba también. Tales actos y tales palabras enfriaban mortalmente el juego, y, á mí cuando menos, parecíanme mayormente desagradables, porque, en conciencia, no podía decirse que no obrase mi hermano con la más perfecta lógica.

Yo sé muy bien que con un bastón no solamente no se puede

matar un pájaro, sino que ni siquiera se puede tirar. No es más que un juego, una ficción. Razonando así, también es verdad que una silla no es un coche; y sin embargo, no hay duda que el mismo Volodia ha de recordar que, durante las largas veladas de invierno, muchas veces convertimos una silla en un magnífico carruaje, sin más que cubrirla con nuestros pañuelos; uno sentado á estilo de cochero, de lacayo el otro, en medio las dos niñas... y arre!... Allí era el viajar por montes y por llanuras, sucediéndonos á cada paso las cosas más extraordinarias. Y cómo entonces eran las veladas para nosotros alegres y cortas!... Si lo razonásemos todo tan severamente, no habría juego posible. Y si no hay juegos, qué queda entonces?

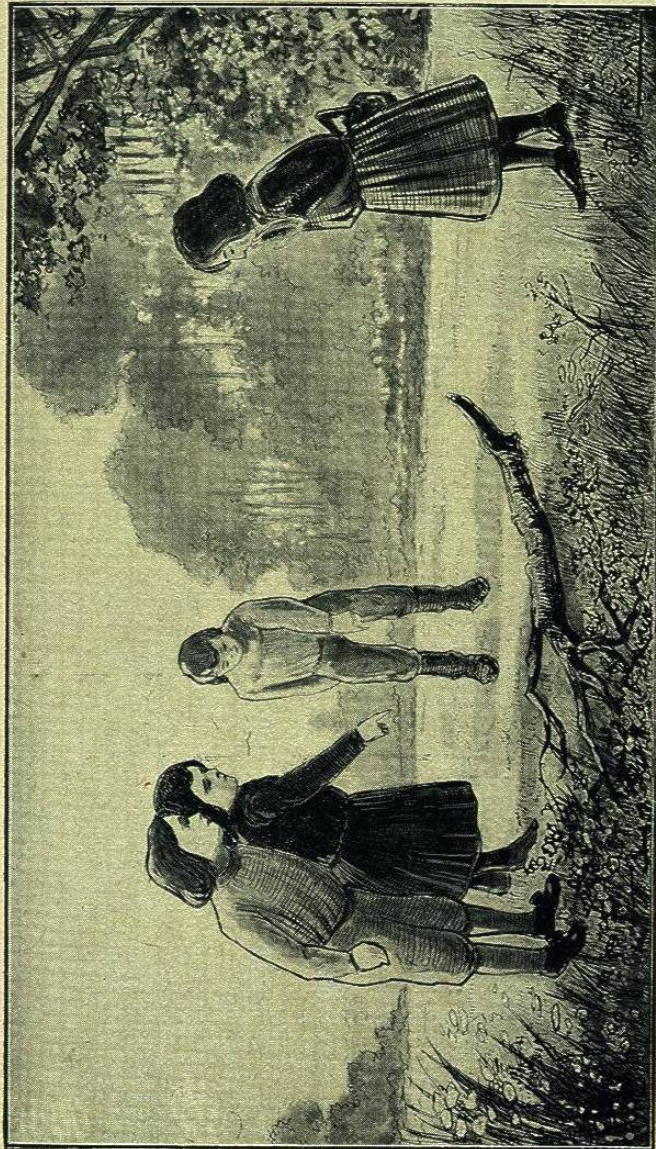
IX

Algo así como el primer amor

AL fingir que arrancaba de los árboles alguna fruta de América, Alubotchka cogió una rama en una de cuyas hojas había un enorme gusano, y con horror inmenso la tiró, levantando las manos y saltando, como si temiese que del suelo iba a salir algo monstruoso. Cesó el juego, nos acercamos todos y fijamos nuestra mirada en la gran bestia. Yo miré por encima de los hombros de Katenka, la cual con ayuda de una ramita intentaba levantar el gusanote.

Tengo observado que muchas niñas han la costumbre de levantar con gesto brusco los hombros, con el objeto de hacer subir el vestido que les deja al descubierto la garganta. Recuerdo también que Mimi se enfadaba mucho cuando veía á las niñas hacer este gesto, pues decía que eran ademanes de *criadota*. Al bajarse para coger el gusano, Katenka hizo precisamente este ademán, al tiempo que la brisa levantaba un poco el fichú que llevaba al cuello, cuya blancura quedó al descubierto... á dos dedos de mis propios labios. Dejé de mirar al gusano y con toda la fuerza de mi alma estampé un beso en el hombro desnudo de Katenka... La niña ni se volvió siquiera, no dijo nada, mas yo ví que la sangre enrojecía su cuello y sus orejas. Volodia, sin levantar la cabeza, dijo con un tono en que se descubría el desprecio:

—Qué significa tanta ternura, hermanito?



TOLSTOI.—LÁM. II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
104-1625 MONTERREY, MEXICO

Y las lágrimas se agolparon á mis ojos.

No paré desde aquel punto de mirar á Katenka... Desde hacía muchísimo tiempo estaba como acostumbrado á ver su pequeño rostro, fresco, rubio... y me gustaba más cuanto más lo miraba; pero desde entonces lo contemplaba aun con mayor placer, y más lo amaba todavía.

Cuando volvimos al lado de las personas mayores, papá nos dijo que, cediendo á los ruegos de mamá, consentía en dejar la marcha para el día siguiente, lo cual nos llenó á todos de inmensa alegría.

A la vuelta, fuimos siguiendo siempre al break. Volodia y yo, con el deseo de aventajarnos el uno al otro en el arte de la equitación y también en valor, galopábamos sin apartarnos nunca mucho del carruaje en que iban las señoras y las niñas. Mi sombra era ahora mucho más larga que antes, y juzgando por ella considerábame un regular caballero; pero la inmensa satisfacción personal que sentía en aquellos momentos, poco tardó en ser destruída en virtud de la siguiente circunstancia. Deseando ser la admiración de las personas que iban en el break, detuve un momento el trote del caballo, y después con el látigo y apretándole los ijares hice que emprendiese la bestia un buen galope, con el intento de pasar rozando el carruaje por el lado en que iba Katenka; el animal me obedeció y estaba ya pensando en si sería de buen efecto que al pasar lanzase algún grito, cuando al llegar mi caballo junto á los que tiraban del carruaje se plantó en seco, pero con movimiento tan brusco y tan no esperado por mí, que fuí lanzado fuera de la silla y muy poco faltó que no diera conmigo en tierra.